

después de caer, nos arrepentimos y proponemos sinceramente la enmienda.

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Vuélve a nosotros esos tus ojos de misericordia, enséñanos a ser cristianos de veras, apoyo y orgullo de nuestras familias, paladines de la Iglesia, servidores de la República, que nuestros predecesores, los colegiales de hace un siglo, ayudaron a fundar con su inteligencia, defender con su brazo y ungir con su sangre.

---

## EL ROSARIO

---

La guerra, por su duración y sus varios trances, parecía poner un obstáculo casi invencible al constante designio de Domingo que era fundar una orden religiosa consagrada al ministerio de la predicación; así es que no cesaba de pedir a Dios el reestablecimiento de la paz, y sólo con el objeto de obtenerla y de acelerar el triunfo de la fe, instituyó, no sin una secreta inspiración, aquella manera de rezar que luego se ha difundido en la Iglesia universal bajo el nombre de *Rosario*. Cuando el arcángel Gabriel fue enviado por Dios a la bienaventurada Virgen María para anunciarle el misterio de la encarnación del hijo de Dios en su casto seno, la saludó en estos términos: *Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres* (1). Estas palabras, las más dulces que ha oído jamás ninguna criatura, se han repetido de edad en edad en los labios de los cristianos, y desde el fondo de este valle de lágrimas, no cesan éstos de repetir a la madre de su Salvador: *Ave María*. Las jerarquías del cielo habían diputado uno de sus jefes a la humilde hija

(1) San Lucas, 1. 28.

de David para dirigirle esta gloriosa salutación; y ahora que está sentada encima de los ángeles y de todos los coros celestiales, el linaje humano, que la tuvo por hija y por hermana, le envía desde aquí abajo la salutación angélica: *Ave María*. Cuando la oyó la Virgen, por primera vez de boca de Gabriel, concibió al punto en su purísimo vientre al Verbo de Dios; y ahora cada vez que una boca humana le repite estas palabras, que fueron la señal de maternidad, sus entrañas palpitan al recuerdo de un momento que no tuvo semejante en el cielo ni en la tierra, y toda la eternidad se llena del júbilo que ella siente.

Ahora bien, aunque los cristianos tenían costumbre de convertir de esta suerte su corazón hacia María, el uso inmemorial de esta salutación no tenía sin embargo nada de regular ni de solemne. Los fieles no se reunían para dirigírsela a su bienaventurada protectora; cada cual seguía para ella el impulso privado de su amor. Domingo, que no ignoraba el poder de la asociación en la plegaria, creyó que sería útil aplicarla a la salutación angélica, y que este clamor común de todo un pueblo reunido subiría hasta el cielo con grande eficacia.

La misma brevedad de las palabras del ángel exigía que se repitiesen cierto número de veces, como aquellas aclamaciones uniformes con que vitorea a los soberanos la gratitud de las naciones. Pero la repetición podía engendrar la distracción de la mente, y Domingo obvió este peligro distribuyendo las saluciones orales en varias series, a cada una de las cuales unió el pensamiento de cada uno de los misterios de nuestra redención, que fueron sucesivamente para la bienaventurada Virgen un motivo de júbilo, de dolor y de triunfo. De este modo, la meditación íntima se unía a la oración pública, y el pueblo, saludando a su Madre y a su Reina, la seguía en el fondo de su corazón en cada uno

de los principales sucesos de la vida. Domingo formó una cofradía para asegurar mejor la duración y la solemnidad de este modo de suplicación.

Bendijo su piadoso pensamiento el más grande de los triunfos, un triunfo popular: el pueblo cristiano se ha adherido a él de siglo en siglo con increíble fidelidad. Las cofradías del Rosario se han multiplicado hasta el infinito; no hay casi ningún cristiano en el mundo que no tenga su rosario. ¿Quién no ha oído, por la tarde, en las iglesias de los pueblos, la voz grave de los aldeanos recitando a dos coros la salutación angélica? ¿Quién no ha encontrado procesiones de peregrinos repasando con los dedos las cuentas de sus rosarios y abreviando el largo afán del camino con la repetición alternativa del nombre de María? Siempre que una cosa llega a su perpetuidad y a la universalidad, necesariamente encierra una misteriosa armonía con las necesidades y el destino del hombre. El racionalista sonríe viendo pasar largas hileras de hombres que van diciendo y volviendo a decir una misma palabra; el que está iluminado por una luz mejor, comprende que el amor no tiene más que una palabra, y que diciéndola siempre no la repite nunca.

La devoción del Rosario, interrumpida en el siglo décimo cuarto por la terrible peste que asoló la Europa, fue renovada en el siglo siguiente por Alán de la Roche, dominico bretón. En 1573, el soberano Pontífice Gregorio XIII, en conmemoración de la famosa batalla de Lepanto, ganada contra los turcos en tiempo de un papa dominico, en el día mismo en que las cofradías del rosario hacían en Roma y en el mundo cristiano procesiones públicas, instituyó la fiesta que toda la Iglesia celebra cada año el primer domingo de octubre, bajo el nombre de fiesta de la Virgen del Rosario.

